COMEDIA FAMOSA.

LO QUE PUEDE LA CRIANZA.

DE FRANCISCO DE VILLEGAS.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Felix.	*Don Bernardo.*	*Doña Juana.*	
Don Pedro, Barba.	*Beltràn, Gracioso.*	*Doña Leonor.*	*Inès, criada.*
Don Fernando.	*Vicente, criado.*	*Doña Isabèl.*	

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Pedro de color, y Vicente, y Doña Juana con capa, y espada, poniendose un guardapies.

Ped. ACaba, ponte al momento
la basquiña. *Juana.* Para què?
Pedro. Pontela aprisa.
Juana. Si harè.
Pedro. Solo con aqueste intento
la previne: De Valencia,
Juana, à las puertas estamos,
y aunque yà de noche entramos,
es bien que entres con decencia.
Juana. Què mas tiene para mì
Valencia, que Italia, y Flandes?
Pedro. Yà no puede ser que andes
en el trage que hasta aqui,
que es forzoso el sujetarte,
Juana mia, à parecer
en las acciones muger.
Juana. Esso es impossible. *Ped.* Parte,
y dà el aviso, Vicente,
à mi hermana, que el placer
impensado suele sèr
causa de algun accidente.
Vicent. Yo voy.
Pedro. Las mulas llevarte
puedes tambien, pues nos vemos
tan cerca, que à pie entrarèmos.
Vase Vicente.
Juana. Perdona, que he de culparte
haverme mudado el sèr
para usar de tal rigor
conmigo: no era mejor
criarme como à muger,
y con nombre de tu hija,
pues hasta oy me lo has negado?
Pedro. El sacarte de cuidado
es razon, aunque me aflija
con mas fuerza el sentimiento,
que hablar en passadas dichas
de las presentes desdichas,
hace mayor el tormento.
Por la muerte de mis padres,
de cinco lustros apenas,

bolvì de ſervir al Rey
à nueſtra patria Valencia:
juventud, nobleza, y brio,
con la heredada riqueza,
no es mucho que ſe ocupaſſen
en amoroſas empreſſas.
Eſtando un dia feſtivo
de la hermoſa Primavera
en Miſſa, puſe los ojos
en una muger tan bella,
que à verla primero Apolo,
menos à Daphne ſiguiera.
No paguè mal mi oſſadìa,
pues no me valiò la Igleſia,
juſto caſtigo de quien
comete delito en ella,
ſin que yo lo preguntaſſe
de algunos que eſtaban cerca.
Supe que era mi homicida
Doña Elvira de Bolea,
hice todas las que llaman
amoroſas diligencias,
con mas paſsion, que cordura;
pero què paſsion es cuerda?
ſolicitè las criadas,
que èſtas quando de terceras
no ſirvan en lo aparente,
ſi eſtàn obligadas, dexan
la voluntad de ſu dueño
con la alabanza diſpueſta,
à que quando llegue Amor,
no halle cerrada la puerta.
Tres años fuì viva eſtatua
de ſu calle, y de ſus rexas,
enterneciendo ſus hierros,
como ablandando ſus piedras:
mas lo que en muros de bronce
pudieran balas de cera,
hicieron en ſu recato
los tiros de mis finezas;
bien es verdad, que las niñas
de ſus dos negras eſtrellas,
aunque no bien explicadas,
ò por niñas, ò por negras,
alguna vez me decian,
Don Pedro, ſigue la empreſſa,
que yà eſtà para rendirſe
de mi hermoſura la fuerza.
En efecto una ſeñora,
amiga ſuya, y mi deuda,
de quien me valì, fue el Iris
de mi amoroſa tormenta,
pues pidiendole à ſu padre,
como otras veces, licencia
para llevarla conſigo
en ſu coche haſta una huerta,
ſe la concediò guſtoſo,
ſin genero de ſoſpecha,
llevandola por engaño,
que de otro modo no fuera
poſsible, à una Quinta mia,
de la Ciudad media legua:
y dexando aparte lances,
entre quien reſiſte, y ruega,
pues no es decente que à ti
eſtas coſas te refiera;
con la palabra de eſpoſo,
que dos mil veces cumpliera,
el alma logrò mi dicha,
de Amor la mayor empreſſa:
quedè mas enamorado;
que à quien llegò à amar de veras,
ni confianzas le entibian,
ni poſſeſsiones le yelan.
Deſde entonces cada noche,
dando una ventana puerta
para ſubir à ſu cielo,
fue una eſcala medianera
de aqueſtos hurtos de Amor,
ſi bien ladron de mi hacienda,
por ſer para Dios mi eſpoſa;
tras muchos ſuſtos, y penas
naciſte, y à pocos meſes,
una noche la mas negra,
ſubiendo yo por la eſcala,
me embiſtiò con tal preſteza
un hombre, que apenas pude
prevenirme à la defenſa.
La gana con que reñìa,
y el ſilencio de la lengua,
de que era hermano de Elvira
me dieron baſtantes ſeñas;
mas viendo que era impoſsible
defenderme ſin ſu ofenſa,
y que de el bolver la eſpalda
no ay diſculpa que lo ſea,
para

para cumplir con mi dama,
y saber con mas certeza
si era su hermano, le dixe:
Cavallero, si os empeña
en este lance la honra,
segura teneis la vuestra,
que lo que podeis pedirme,
yo soy quien mas lo desea;
pero en vez de reportarse,
solo me diò por respuesta,
antes que con vos casada,
tengo de mirarla muerta.
Corrido del menosprecio,
que no porque le excediera
en nada la sangre mia,
respondì, solo pudiera
mi grande amor igualar
la tuya con mi nobleza.
Yo pienso que le matò
el azero de la lengua,
que es la espada que en los nobles
hiere con mayor violencia;
pues no avia pronunciado
lo que he referido apenas,
quando manchò con su sangre
los umbrales de su puerta.
Con èl tropezò su padre
al ir à salir por ella,
hallando al valiente joven
yà con las ansias postreras.
Dexè la calle, y tomando
un cavallo, de Valencia,
sin que alguno me siguiesse,
amanecì siete leguas.
El vèr à Elvira vestida,
el hallar la escala puesta,
el publico galanteo,
juntamente con mi ausencia,
de inquerir el homicida,
escusaron diligencias
en su padre, y el Virrey,
el qual à mi Elvira bella,
por assegurar su vida,
en casa de una parienta
depositò, en tanto que
medio el sucesso tuviera.
Yo me partì à Barcelona,
y en tanto que las Galeras
llegaban, en que passasse
el señor Duque de Feria
à la guerra del Piamonte,
desde una pequeña Aldèa,
donde te estabas criando,
dispuse que te truxeran,
por llevar en ti un retrato
de mi desdichada prenda.
Passè finalmente à Flandes,
donde sirviò mi nobleza
veinte años con tal valor,
y con tan grande assistencia,
que sin entrar en la Corte,
ni que el Consejo de Guerra
viesse fee de mis papeles,
ni costarme diligencia,
de Española Infanterìa
tuve un Tercio, dando muestras
de lo que puede el valòr,
regido de la experiencia.
Y para no aventurar,
que en tì mi sangre perdiera
en la paz lo que ganaba
derramada de mis venas,
desde que tuviste edàd,
de hombre vestida en las guerras
mostraste, que es la costumbre
segunda naturaleza,
pues en diez años el trage
te ha mudado de manera,
que solo el rostro dà indicio
de la mugeril flaqueza.
Quantas veces por buscarte
en las passadas refriegas
dexè mi puesto, rompiendo
el yugo de la obediencia;
y quantas te hallè valiente
entre las armas Francesas
sobre el blanco coselete,
suelta la hermosa madexa,
fulminando los contrarios
con los rayos de sus hebras,
tan hallada en los peligros,
y en los riesgos tan resuelta,
que me contaron que un dia
à un Soldado, que diò muestras
de Español, y Cavallero,
que aunque no supe quien era,

claro està que lo serìa
quien usò tal gentileza;
porque cortès, y piadoso,
asiendote de las riendas
del cavallo, te pidiò,
que tu vida no pusieras
à tan evidente riesgo,
ò que le diesses licencia
de ir delante, porque en èl
la primer furia Francesa
su colera executàra
con ingratitud grossera,
en vez de agradecimiento,
una herida en la cabeza
le diste, dando despues
por disculpa de tan fiera
crueldad, que solo intentaba
deslucirte: no me pesa
de que tan agena estès,
Juana, de aquestas materias,
mas bien puedes ser cortès,
sin dexar de ser honesta.
De allì à un rato tuve cartas
de Elvira, dandome cuenta
de que otro infante de quien
quedò preñada, sus penas
consolaba; y que tambien,
que por ser mi madre muerta,
tenia consigo à mi hermana,
de quien por ser de tan tierna
edad, la dexò mi madre
encargada la tutela,
como al fin esposa mia;
pero que mientras viviera
su padre, nunca esperaba
que tuviesse fin mi ausencia;
mas al fin muriò, dexando
à Elvira por heredera
de un Mayorazgo, que vale
tres mil ducados de renta.
Apenas lo supe, quando
pedì al General licencia
para passar con mi esposa
lo que de mi vida resta,
despues de tantos trabajos;
pero antes que me partiera,
de su muerte, y mi desdicha
tuve la infelice nueva.
Yà al fin en la Patria estamos,
Juana mia, donde es fuerza
darte estado, y pues naciste
muger, que muger parezcas.
Yà es tiempo de que el recato,
y la natural verguenza
con que nacen las mugeres,
à su sèr primero buelva.
Olvida el desembarazo
para quando el Cielo quiera
darte esposo à quien estimes,
y dueño à quien obedezcas;
que si à la guerra inclinada
eres, donde ay mayor guerra
que un casamiento? y en fin,
pues ser quien eres es fuerza,
piensa que representaste
por Pascua, ò Carnestolendas
una Comedia entre amigas,
donde à ti, por mas dispuesta,
te dieron el papèl de hombre,
y se acabò la Comedia.

Juana. Señor, mientras tenga vida,
à tu voluntad sujeta
debo estàr siempre, y harè
quanto de mi parte pueda
para parecer muger:
mas vive Dios, que quisiera
no aver sido, por no verme
entre estas faldas embuelta.

Pedro. La costumbre facilita
lo que estrañas.

Juana. Tèn paciencia
en tanto, pues tienes culpa,
que mudar naturaleza
de repente, es fuerte cosa.

Pedro. Yà de mi casa la puerta
reconozco, que no es poco,
tras tantos años de ausencia.

Juana. En ella te aguardan todos.

Pedro. Con mas gusto pensè verla.

Salen Doña Leonor, Inès, Beltràn, y Vicente.

Leon. Hermano mio?

Pedro. Leonor?
dame los brazos.

Leon. Que llegan
à verte otra vez mis ojos?

Pedro.

Pedro. Si tan precisa no fuera
mi venida, te asseguro,
que no bolviera à Valencia
jamàs, porque muerta Elvira::-
pero no es ocasion esta
de lagrimas, abrazad
à este gallardo mancebo,
que es deste tronco un renuevo.
Juana. Tia, la mano me dad.
Leon. Mil abrazos te darè:
en todo à su madre imita.
Beltr. El trage es de hermofrodita.
Leon. Espada, y capa, por què?
Pedro. Desde que à Flandes passò,
si no el sèr, le mudè el nombre,
y con pensamientos de hombre
hasta aora se criò,
y està con grande pesar
de bolver à ser muger.
Inès. Demonio debe de ser.
Pedro. Felix no debe de estàr
en casa. *Felix.* Yà espero ufano
tu mano. *Hincase de rodillas.*
Pedro. Llega à abrazarme.
Fel. De aqui no he de levantarme
hasta que me dès la mano.
Pedro. Toma; dì, se inclina acaso
Felix à la Iglesia? *Leon.* No,
desta suerte le criò
vuestra esposa, sin dàr passo,
que con su hijo no fuesse
à su lado noche, y dia,
y de largo le vestìa,
porque espada no ciñesse:
Ayo, y estudio le diò
en casa. *Ped.* Bien le ha criado,
todo lo avemos errado:
quien tales extremos viò?
Juana. De èl, y su estudio reniego.
Pedro. Hallarle muerto quisiera,
antes que de esta manera::-
y el Maestro quien es? *Belt.* Ego:
avrà quince Primaveras,
que su Ayo, y Maestro soy.
Pedro. Luego os hablarè.
Belt. Aqui estoy.
Juana. Mejor fuera en las galeras.
Pedro. Jamàs tan gran pesadumbre
tuve; mas siendo hijo mio,
con el heredado brio
desmentirà la costumbre.
Leon. Pienso, hermano, que has sentido
el no hallarle de seglar.
Pedro. Y tanto, que ha de mudar
luego al momento vestido.
Juana. Por cierto lindas piguelas.
Felix. Siglos seràn los instantes.
Leon. Esta noche ha de ser?
Pedro. Antes
que me quite las espuelas.
Tiene vestido? *Belt.* Si tiene,
aunque nunca dèl usò.
Leon. Tambien es justo que yo,
por si una señora viene,
à quien yà de tu venida
le dì aviso, vista à Juana.
Pedro. Dices bien, vistela, hermana.
Juana. Què à esto viniesse! por vida::-
Belt. Por Dios, que iba à echar un taco.
Pedro. Id, que yo os espero aqui.
Juana. De colera voy sin mi.
Belt. Para esso es bueno el tabaco.

Entranse Leonor, Inès, Vicente, y Juana.

Pedro. Esperate tu. *Belt.* Yà espero.
Pedro. De donde eres?
Belt. De Granada.
Pedro. Còmo te llamas?
Belt. Beltràn.
Pedro. Estudiaste en Salamanca?
Belt. Si señor.
Pedro. Què facultad
has estudiado?
Belt. Compraba
la comida à los demàs.
Pedro. Pues si en esso te ocupabas,
sabràs muy poco Latin.
Belt. Lo que es Latin, poco, ò nada,
Griego sè un poco, pregunta,
y veràs con la elegancia
que te respondo. *Pedro.* No sè
Griego yo.
Belt. Por essa causa
dicen muchos que lo saben.

Pedro. Ha mucho que estàs en casa?
Belt. Desde que naciò tu hijo.
Pedro. Pues sin que reserves nada,
me dì, si has reconocido
por alguna circunstancia,
de què tanto encogimiento
nace, que si fue la causa
el grande amor de su madre,
ò poco cuerda enseñanza,
como sospecho, yo harè
con diligencias contrarias,
que apartando la ceniza
de su timida crianza,
el ayre de su nobleza
descubra briosas llamas.
Belt. Aunque sè que es peligroso,
señor, referirte faltas
de tu hijo, y mi señor,
el ser tu quien me lo manda
me disculparà. *Pedro.* Bien dices,
con toda verdad me habla,
que importa para el remedio.
Belt. Digo, señor, que en su infancia
diò generosos indicios
de la nobleza heredada;
pues apenas de diez años
descubriò con muestras claras
la docilidad altiva,
y la briosa templanza,
pero el poco cuerdo amor
de su madre, antes que echàra
firmes raìces el tiempo
à sus buenas esperanzas,
con temerosos extremos,
y mal reprimidas ansias,
del arbol tierno torciò
la bien inclinada vara,
quando à juegos varoniles
su natural inclinaba,
su inclinacion divertìa,
cariñosamente cauta
todo el dia en el estrado,
viendo labrar las criadas,
à su lado le tenìa,
con las dos piernas cruzadas.
La ropilla, y ferreruelo
trocò à manteo, y sotana,
y à mi tambien que me vista
de capigorron me manda.
Si à mandar cosas caseras,
que nunca que mandar falta,
se levantaba tal vez
del estrado, le llevaba,
al lado como llavero,
por no caber en la manga.
Si en el discurso del dia
por el corredor passaba,
rostro, y cabeza embolvia
en un capote de grana.
Si tropezaba jugando
en alfombra, ò almohada,
de bebidas, y cordiales
las Boticas agotaba.
Y si tal vez en la calle
se oìa rumor de espadas,
porque no oyesse el ruìdo
le cubrìa con las faldas.
Llegando yà el tiempo en que
sale por fiador la barba
del hijo, para que el padre
pueda ceñirle la espada,
por si acaso de tu fuego
centella alguna quedaba,
jamàs consintiò huviesse
ningun genero de armas
en su quarto. *Pedro.* Ella tenia
bien defendida su casa.
Belt. Ni consintiò que en la mesa
el pan, ò alguna vianda
partiesse, porque en la mano
el cuchillo no tomàra.
Y en fin, como las acciones
tanto tiempo habituadas
à exercicios mugeriles
ha tenido, no se halla
en èl accion varonil.
Pedro. De todas quantas desgracias
pueden temerse, ninguna
me llegarà tanto al alma.
Belt. Es de tal suerte medroso,
que si en la calle disparan
un arcabuz, en dexando
el susto libres sus plantas,
hasta que èl dice aqui estoy,
ninguno le encuentra en casa;
y esto nace de que viva
su

su madre, nos ordenaba,
que quando los valuartes
por vela enemiga, ò salva
disparasse, con panderos,
almireces, y sonajas,
como à gusano de seda,
le hiciesse ruido. *Pedro.* Basta,
que te passas de las veras
à las burlas. *Belt.* Lo que passa,
y aun menos, te he referido.
Pedro. Que de esta suerte criàra
mi esposa un hijo de un hombre
como yo! mas què me espanta
su descuido, quando el mio,
si no le excede, le iguala,
en criar à una muger
entre la polvora, y balas,
embistiendo las trincheras,
y assaltando las murallas,
de condicion tan altiva,
que el manejo de las armas
era su entretenimiento?
Belt. Buen dote para casarla,
y mas si no es à su gusto.
Pedro. Solo una cosa me falta
por saber. *Belt.* Y es?
Pedro. Si en Don Felix
has conocido entre tantas
faltas alguna passion.
Belt. Muchas veces se desmaya.
Pedro. Necio, yo no te pregunto
sino si de alguna dama
sabes que estè enamorado.
Belt. Sì, tambien tiene essa falta;
assi fueran las demàs.
Pedro. Yà tengo alguna esperanza
de remedio; y à no verle
en diligencias humanas,
le matarè, vive el Cielo,
que en la casa de Moncada
no ha de aver hombres mugeres.
Sale Don Felix del modo que dicen los versos, y Vicente.
Belt. El sale.
Felix. Como me mandas,
vengo yà.
Pedre. No es malo el talle;
mas como el brio le falta
con el ayre varonil,
parece un cuerpo sin alma.
Belt. Què menudito lo pisa!
parece que tienes trabas.
Pedro. Mueve el cuerpo con mas brio,
aquessos passos alarga,
desembaraza las manos,
desvìa un poco la capa
del diestro lado, no juntes
los pies, uno de otro aparta;
que fuera de no estàr firme,
es postura desayrada
en los hombres, como ayrosa
en los cavallos, y damas.
Ponte bien esse sombrero,
aunque dicen que esta es gracia
aparte; mas à lo menos
traele firme, no le traygas
encomendado al cabello.
No le truxiste la espada?
Vicent. La que ceñida traìa
mi señora Doña Juana,
tienes aqui.
Pedro. Yo os prometo,
que no està mal enseñada:
primero que te la ciña,
mientras se viste tu hermana,
quiero hablarte à solas, fuera
esperad.
Belt. Pienso que es vana
diligencia. *Vicent.* No serà,
que es potro de buena raza.
Entranse los dos criados.
Pedr. Hijo, sabe Dios que siento,
que tu juventud lozana
necessite de consejos
tan opuestos à mis canas;
pero pues es fuerza, escucha.
Felix. Yà espero que tus palabras
me dèn otra vez el sèr.
Pedr. Al que tiene sangre honrada,
hijo, bien faltarle puede
noticia experimentada
de lo que al valor le toca.
Felix. Fuera, señor, ignorancia
el negarte essa verdad.
Pedr. Que lo confiesses me agrada,
que el que sus faltas confiessa,
no

no està lexos de enmendarlas.
Lo primero que te advierto,
por ser de mas importancia,
es, que oygas todos los dias
Missa en saliendo de casa,
aunque esta en un Cavallero
es advertencia escusada.
Procura tener amigos,
que nunca el tenerlos daña;
y si con alguno estrechas
amistad, y èl te la paga,
(que pocas veces sucede)
si pretendes conservarla,
mientras no tomes estado
le festeja, y agassaja
en tu casa muchas veces,
mas nunca en la de tu dama.
No juegues, porque es el vicio
que mas deslustra, y ultraja
à un hombre, pues no tocando
en mas hondas circunstancias
del perder, el sentimiento
à ningun hombre le falta:
y si gana, en lo que sufre
pierde mas de lo que gana.
Pero en efecto si juegas
alguna vez, lo que traygas
contigo solo aventura,
no aventures tu palabra;
que el dinero puede ser
que le restaures mañana;
pero la opinion perdida,
pocas veces se restaura.
No pongas mucho cuidado
en el trage, que la gala
no consta de los extremos,
solo de extremarte trata
en ser cortès, advirtiendo,
que lleva general carta
de favor la cortesia.
No mientas jamàs en nada,
que es tan gran falta el mentir,
que en mi opinion, de las malas
acciones, el mayor riesgo
es no poder confessarlas.
En lo que toca, Don Felix,
al manejo de las armas,
serà forzoso enseñarte,
si no mucho, lo que basta,
para traer por lo menos
siempre en defensa la espada,
que es lo que llaman los diestros
canto llano de las armas.
Si por alguna muger,
(que esta es la mas ordinaria
ocasion de las pendencias)
te sucede alguna, y tratan
de ajustarla los amigos,
en tanto que tu no alcanzas
como podràs sin reñir
quedar bien con las palabras,
que siempre es lo mejor, quando
amor la razon no arrastra,
peca por carta de mas.
Y si el salir à campaña
fuere forzoso, ni en essa,
ni en otra ocasion te valgas
de padrino, ni lo acetes,
si con essa circunstancia
alguno te desafia,
porque es accion inhumana;
y mirada à todas luces,
de toda razon contraria,
el decirle yo à mi amigo,
que sin colera, ni causa
salga à matarse con otro,
porque yo à matarme salga.
Con el inferior escusa
la ocasion, aunque te hagas
en algo desentendido,
porque es la mas arriesgada
pendencia, pues es forzoso
hacerle bolver la espalda,
para que tu quedes bien,
y èl solo con hacer cara
queda superior en todo;
y assi es mejor escusarla,
porque es la pèrdida mucha,
y muy poca la ganancia.
Y si acaso te sucede,
por antecedente causa,
algun disgusto en la calle,
tèn entendido que basta
esperar si te acometen,
si acometes, muere, ò mata.
Esto por aora, Felix

mio,

mio, presumo que basta
para saber por lo menos
la obligacion del que trata
de obrar como Cavallero.
Ceñirte quiero la espada,
y ruego à Dios, que no sea
menester que de la vayna
la saques, que yo no busco
tu riesgo, sino tu fama. *Ciñesela.*
Mas de espacio te dirè
del modo que has de sacarla
con ayre, y con brevedad.

Felix. Oy como leona el alma
me infundes, pues con tus voces,
tan prudentes, como honradas,
el brio me restituyes,
que la amorosa ignorancia
de mi madre me usurpò;
pero yo tengo esperanza
de que conozcas que soy
de tan noble tronco rama.

Pedro. Assi lo espero de ti;
pero yà sale tu hermana
vestida.

Salen Leonor, Beltràn, y Doña Juana en chapines tropezando.

Juana: Señor, à ti
apelo desta sentencia.

Pedro. Ello es forzoso, paciencia.

Juana. Yo no puedo andar assi.

Arroja los chapines.

Leon. Jesus, què desemboltura!
buelve à tomar los chapines.

Juana. En dos medios celemines
he de andar yo?

Leon. Què locura!

Pedr. Anda en zapatos, no importa.

Juana. De tan vil trage reniego.

Leon. Sobrina, tèn mas sossiego.

Pedro. Juana, essos passos acorta,
baxa essa basquiña mas,
cubre los pies.

Juana. Si hasta aqui
pies, y piernas descubrì,
por què reparando estàs
en que un poco descubierto
ande el pie? sin embarazos
he de andar à puntillazos
con la saya. *Ped.* Bien por cierto?
No es de los ojos conquista
lo que à los ojos se ofrece,
solo la vista apetece
lo que no alcanza la vista.
No provoca la muger
en el trage de varon,
porque es nuestra privacion
la estimacion de su sèr;
solo de que olvides trato
acciones de hombre, esto aprende,
que el deseo solo atiende
à un descuido del recato;
vistete mas largo, pues,
y acorta el passo, esto ensaya,
que assomados à la saya,
son mas lascivos los pies.

Belt. Nadie mejor la enseñàra
que su hermano.

Pedro: Callad vos.

Juana. Esto sufro! vive Dios.

Detienela Don Pedro.

Pedro. Tente, el color de la cara
de Felix, que se ha corrido
muestra. *Leon.* Mohina le ha dado.

Pedro. Mas gusto me huviera dado
el verle descolorido;
aunque tambien la verguenza
es señal de pundonor,
y el verdadero valor
por el pundonor comienza;
mas què es esso?

Belt. En el zaguan
ruido de espadas siento.

Juana. En tu casa? vive Dios. *Detienela.*

Pedro. Tente, que yà es otro tiempo.

Leon. Tus criados son, señor.

Pedro. Ay mayor atrevimiento!

Leon. Detente, señor. *Pedro.* Aparta.

Entrase sacando la espada.

Belt. Por Dios que vienen huyendo,
al quartèl de la salud
me acojo. *Felix.* Elada en el pecho
siento la sangre. *Juana.* Què haces?
sigue à mi padre. *Felix.* No puedo
mover las plantas.

Juana. O pesia!

Leon. Reportate, Juana. *Juana.* El riesgo
de tu padre no te alienta?
dexa, cobarde, el azero.

Quitale la espada, y entrase.

Belt. Muy buen provecho le haga.

Leon. Detente, Juana. *Juana.* No quiero.

Sale Doña Isabèl alborotada.

Isab. Amiga? *Leon.* Doña Isabèl?

Isab. Detèn al señor Don Pedro,
que es mi hermano con quien riñe.

Leon. Con tu hermano?

Sale Don Fernando retirandose de D. Pedro, y de Juana.

Fern. Deteneos,
señor Don Pedro: señora,
tened la espada, pues vengo
retirandome. *Pedro.* Detente.

Juana. En matandole.

Fern. No pienso
que fuera la vez primera.

Juana. Pero què es lo que estoy viendo?
no es este hombre Don Fernando?

Isab. Reportaos, señor Don Pedro,
que Don Fernando mi hermano
solo ha venido à ofreceros
su persona à vuestra casa.

Pedro. Yà, señora, os obedezco.

Leon. Hermano, Doña Isabèl
es solamente à quien debo
favores en la Ciudad.

Pedro. Que estoy corrido os confiesso.

Juana. Sin duda es èl; mas què fuera
que me viniesse siguiendo?

Pedro. La ocasion saber quisiera,
que essos criados os dieron
para castigarlos. *Felix.* Señora,
pues aùn no me mirais?

Isab. Cierto,
que os juzguè fuera de casa.

Fern. El poco conocimiento
que tienen de mì, disculpa
bastantemente su yerro,
que ha dos dias que lleguè
de Flandes, donde sirviendo
he estado à su Magestad
de Soldado aventurero,
aunque por aventurarme
ganè castigos, que premios
nunca esperè conseguirlos,
aunque intentè merecerlos;
pero dexando esto aparte,
pues no es del caso, sabiendo
mi hermana vuestra venida,
quiso mostrar el afecto,
que siempre à esta casa tuvo,
y yo con el mismo intento
à acompañarla venìa,
y à ofrecerme por muy vuestro:
hallè ocupado el portal
con mucha gente, y pidiendo,
que nos hiciessen lugar
vuestros criados, dixeron,
que aguardasse, ò que me fuesse,
y que lo hiciera os prometo,
à no venir con mi hermana,
porque con cuidado observo
en cosas que importan poco,
sufrir mas à quien es menos.
Sin darme por entendido
quise passar, y uno dellos
intentò impedirme el passo,
puesta la mano en mi pecho;
Apartèle reportado,
sacò la espada resuelto,
y hicieron todos lo mismo,
lo demàs lo diràn ellos.

Belt. Quando acaben de correr.

Pedro. Tan valiente como cuerdo
anduvisteis. *Juana.* Si por Dios.

Pedro. La modestia os agradezco
de no acabar de contarlo,
para no decir que huyeron.

Fern. El retirarse sin duda,
respeto fue, que no miedo.

Juana. Antes de sacar la espada
pudieran tener respeto.

Pedro. No ha de quedar en mi casa
ninguno.

Juana. Y serà bien hecho,
que no has menester criados
gallinas, sobre grosseros.

Fern. Que à ninguno despidais
esta vez he de deberos;
y à vos, señora, os suplico,
que vuestro rigor severo
troqueis en justas piedades,
pues teneis tanto de cielo.

Pedro. Dueño sois de aquesta casa.

Juana. El responderos primero
mi padre, señor, me saca
de bien riguroso empeño,

que

que en la guerra no aprendì
cortesanos cumplimientos.
Pedro. Entrèmonos en la sala,
que no es decente este puesto.
Isab. Que yo me incline à quien tiene
tan vergonzoso defecto!
Pedro. Entrad, señor Don Fernando,
y perdonadme, que tengo
que hablar un poco à Don Felix.
Fern. Yà, señor, os obedezco.
Juana. Sin duda que causa el trage
la novedad que en mì siento.
Fern. Con menos rigor me miran
los dos soles de su cielo.
Pedro. Juana? *Juana.* Señor?
Pedro. Essa espada
muestra, y por ningun sucesso
buelva yo à verla en tu mano.
Juana. Digo que lo harè, si puedo.
Dale la espada, y entranse Leonor, Isabèl, Juana, y Don Fernando.
Pedro. Olvidème de decirte,
entre los advertimientos
que te dì, que era en el hombre
vergonzoso vituperio
dexarse quitar la espada;
y assi, Don Felix, te advierto,
que si otro se te atreviere,
aunque este sea yo mesmo,
que antes que buelva à la tuya,
sirva de vayna su pecho.
Dale la espada, y entrase.
Belt. Peor pensè que le hablàra.
Felix. Beltràn? *Belt.* Señor?
Felix. Al momento
me busca un Maestro de armas.
Belt. Pues para què es el Maestro?
piensas que el valor se enseña?
Felix. No, pero con el manejo
de la espada podrà ser
que pierda à la espada el mio,
y que el tiempo buelva à darme
lo que me ha quitado el tiempo.
Belt. Y si no, todo lo hace
un habito, y un Convento.

JORNADA SEGUNDA.

Sale D. Fernando, y D. Bernardo.
Bern. De lo que aveis referido
estoy por Dios admirado.
Fern. De aver à Flandes dexado
esta la ocasion ha sido.
Bern. Y que en efecto os hiriò
por detenerla.
Fern. Y de suerte,
que lleguè à estàr à la muerte.
Bern. Y la quereis? *Fern.* Si.
Bern. Pues yo,
si acaso no la matàra,
al menos la aborreciera.
Fern. Si dos mil vidas perdiera,
con dos mil almas la amàra.
Bern. Amigo, de mi opinion,
(y este es comun parecer)
no ay cosa como muger,
que se espante de un raton.
El amar sin esperanza,
ni es novedad, ni estrañeza,
pero que de la fineza
tome la dama venganza,
no lo he visto.
Fern. Estrella es mia.
Bern. A mi me causàra horror,
que no se halla bien Amor
entre tanta valentìa;
que quien resuelta, y furiosa,
sobre quererla evitar
su riesgo, os quiso matar,
si llegàra à estàr zelosa,
què hiciera?
Fern. En esso me viera,
que aunque su ferocidad
es tanta, la voluntad
hace de los bronces cera:
y en fin, su grande aspereza,
su brio, y resolucion
son para mi estimacion
esmaltes de su belleza:
y si llego à merecer
vèr sus ojos mas serenos,
tendrè muger por lo menos,
que no parezca muger.
Bern. Ea que case con su hermano
dirà lo mismo, pues hombre
parece solo en el nombre.
Fern. Assi lo tengo por llano;
mas con la grande assistencia
del padre, que buelva espero
por

por sì, porque es Cavallero
de gran valor, y experiencia,
y el que es can de buena raza,
jamàs al padre desmiente,
que si por un accidente
no caza oy, mañana caza.
Bern. Con todo tengo por llana
diligencia lo que emprende,
y aun la mia, pues pretende *ap.*
de Doña Isabèl tu hermana
vèr menos fiero el rigor.
Fern. De la Iglesia vàn saliendo.
Bern. Vuestra hermana, à lo que entiẽdo,
viene con Doña Leonor.
Fern. Fueron siempre amigas grandes.
Bern. Y vuestra dama guerrera,
como si marchando fuera
por los Estados de Flandes,
à compàs viene delante,
con ayroso desenfado,
el manto al brazo terciado.
Fern. Pues la ocasion es bastante
del parabien, à la tia
llegad à hablar, por si acaso
puedo decirla de passo
algo de la pena mia.
Bern. Felix escudereando
viene? *Fern.* Sì.
Bern. Yà mis rezelos
se vàn passando à ser zelos:
con Isabèl viene hablando.
Fern. Què temeroso la espero!
Quitase el sombrero.
Bern. Quando yo llegue, hablad vos;
ò què donayre! por Dios,
que iba à quitarse el sombrero.
Vàn saliendo como se ha dicho; al quitarse el sombrero hace ademàn Doña Juana de ir à quitarsele tambien, sale Beltràn, y Doña Juana trae el manto por los hombros.
Juana. Yà sentìa:: - *Fern.* Què belleza!
Juana. No verle: de mì me espanto.
Leon. Sobrina, ponte esse manto
mejor, cubre la cabeza.
Juana. Què melindre impertinente!
Felix. Esta noche? *Isab.* Sì.
Belt. El favor
perdonarà su temor.

Llega Don Bernardo à Doña Leonor.
Bern. Aunque el puesto no es decente
de parabien tan forzoso,
bien me puede disculpar
mi afecto. *Fern.* Quiero llegar.
Leon. Yà estaba el mio quexoso.
Bern. No lo he sabido hasta aora.
Leon. Por decirlo vos lo creo.
Llega Don Fernando à Juana.
Fern. Tres años hà que deseo
que sepais mi amor, señora.
Juana. Tres años hà que lo sè.
Fern. Pues con que vos le sepais,
quanto me debeis pagais,
porque mi rendida fè
solo pretende de vos
el saber si le sabeis.
Juana. Si esso solo pretendeis,
yà lo aveis sabido; à Dios.
Buelve la espalda.
Leon. De aqui no aveis de passar.
Bern. Yà os obedezco.
Isab. Què enfado!
Juana. De extremo à extremo he passado.
Fern. Mi hermana puede quedar
en vuestra casa, que luego
por ella irè. *Leon.* Sea assi.
Juana. Que yo à este hombre aborrecì!
Leon. Juana, vè con mas sossiego.
Juana. No es possible.
Bern. Buena ha andado.
Leon. Pon cuidado.
Juana. Esse me inquieta,
y este jubon.
Con inquietud Doña Juana.
Leon. Què te aprieta?
Juana. El cuerpo llevo aprensado.
Leon. No sè de tanto mirar
que piense. *Fern.* Dichoso he sido.
Juana. Este hombre, y este vestido
pienso que me han de matar.
Mirandole, y vanse.
Fern. Beltràn, espera. *Belt.* Yà espero:
teneis algo que mandarme?
Fern. En cierto intento fiarme
quiero de ti; mas primero,
porque me escuches mejor,
recibe aqueste bolsillo.
Belt. Si es con metal amarillo,
bue-

buena carta es de favor;
yà no tengo que dudar
vuestra intencion, el sugeto
me decid. *Fern.* Eres discreto:
este papèl has de dàr
luego. *Belt.* A quien?
Fern. A Doña Juana.
Belt. Mas facil cosa serìa
llevarle de aqui à Turquìa,
y darle à la gran Sultana:
yo dudo que sea muger,
mas fuerza tiene que un macho:
anoche, si no me agacho,
sobre el reirme de vèr
descubrir con gran llaneza
las piernas, como primero
me abre con un candelero,
à bien librar, la cabeza;
y no parò en lo que digo,
que viendo que avia errado,
se levantò del estrado,
y à dos brincos diò conmigo,
y asiendome con furor,
si à mis voces no saliera
el padre, y la detuviera,
me echa por el corredor.
Fern. En fin, te llegò à abrazar?
Belt. Y como, y tan apretado,
que lo huviera perdonado.
Fern. Algo se ha de aventurar.
Belt. El darle lo menos es.
Fern. Pues despues yo estoy aqui.
Belt. Yo mas te quisiera alli,
porque es tan suelta de pies,
y de manos, que es extremo;
pero en fin yo le darè.
Fern. La vida te deberè.
Belt. La mia es la que yo temo.
Fern. Y muestra Felix su hermano
yà mas brio en las acciones
del padre con las liciones?
Belt. Que trae la espada en la mano
muy bien nos dice el Maestro;
pero en quanto à executar
herida, no ay que tratar.
Fern. Pues poco importa el ser diestro,
si el temor es natural.
Belt. Ya el Maestro le ha dexado.
Fern. Por què?
Belt. Fue muy mal pagado,
pero yà llevò señal,
porque la hermana mirando
de Don Felix la tibieza,
la almohadilla con presteza
soltò, y la espada quitando
al hermano, le embistiò
de suerte, que aunque la tia
con voces la detenia,
tal pantuflazo le diò,
que por irse retirando
apriessa, que no debiera,
se embocò por la escalera,
y con las costillas dando,
dexando salvo el cogote,
por divina permission,
sin dàr en otro escalon,
se hallò en el patio de un bote.
Fern. Notable muger! *Belt.* Muger?
aunque lo afirme su padre,
si decirlo una comadre,
yo no lo pienso creer.
Fern. Y en efecto la daràs
el papèl? *Belt.* Sì, pero resta
el ir tu por la respuesta,
que yo no pienso hacer mas
que darle, y luego al momento
buscar por donde escapar,
porque yo no he de aguardar
que me gane el barlovento,
que si ella coge la puerta,
la harà cerrada conmigo.
Fern. Si el que le tome consigo
no quiero mas.
Belt. Pues con cierta
industria que me enseñò
una muger singular,
sin que me pueda culpar
harè que le tome. *Fern.* Y yo
en la calle esperarè.
Belt. Si no salgo, y diere voces,
pues mi peligro conoces,
entra à librarme. *Fern.* Si harè.
Bern. Empressa dificultosa
intentais. *Fern.* Esta es mi estrella.
Bern. Yo os confiesso que es muy bella,
pero es muger peligrosa.
Fern. En notable tema dais
à Dios, que es fuerza que aguarde

a

à Beltràn. *Bern.* El Cielo os guarde,
y de lo que deseais;
pero el modo aveis errado,
porque el medio para hablarla
era ::- *Fern.* Què?
Bern. Desafiarla,
que saliera de contado.
Vanse, salen Leonor, y Doña Juana.
Leon. Pues de esso te has de enojar?
Juana. No es causa para enojarme
querer ponerme preceptos
hasta en los ojos? *Leon.* Miraste
à Don Fernando de suerte ::-
Juana. Como avia de mirarle
con el manto, y ademanes?
en Flandes se llama vèr
lo que aqui mirar; mi padre
me criò en aquel Pais,
donde no se mira à nadie
à los pies, sino à la cara,
y de su llaneza nace
el fiar mas de los hombres.
Leon. Es muy fria tierra Flandes,
aora estàs en España,
donde es menester guardarte
de tus ojos, porque son
las dos puertas principales
de aqueste alcazar del pecho.
Juana. El corazon es su Alcayde,
y ninguna entra por ellas,
si èl no le entrega las llaves:
y si à nadie he de mirar,
para què me persuades
à que parezca muger?
Leon. No digo yo que no hables;
pero ay unos hombres, Juana,
de quien importa guardarse
con mas cuidado que de otros.
Juana. Yà llega el consejo tarde;
y dime, es acaso alguno
de quien me importa el aguardarme
este Don Fernando? *Leon.* Sì.
Juana. Pues poco podrà costarme.
Leon. Por què? *Juana.* Porque me parece
muy mal. *Leon.* Dexa que lo estrañe,
porque no ay en la Ciudad
hombre de tan buenas partes,
tan brioso, tan galàn,
tan cortès, tan agradable,
tan discreto, ni bien quisto.
Juana. Para enseñar, poco sabes.
Leon. Què dices? *Juana.* Que conociendo
en èl partes tan amables,
como las que has referido,
quien duda::- *Leon.* Passa adelante.
Juana. Que le estès muy inclinada.
Leon. Mucho siento que me hables
de essa suerte. *Juana.* Pues por què?
no aviendo sido bastante
ser tan cortès, tan brioso,
galàn, discreto, y amable,
à darle entrada en tu pecho,
has de presumir que baste
para que le admita el mio?
parezcote yo mas facil?
Leon. Si èl, à mi me pretendiera,
intentàra recatarme,
y esto no fuera sobervia,
sino temor. *Juana.* Y tu sabes,
que à mi me pretenda? *Leon.* No.
Juana. Pues en tu vida adelantes
lo por venir; y pues duermo,
no trates de despertarme.
Sale Don Pedro, Don Felix, y Beltràn.
Leon. Mi hermano viene.
Pedro. Don Felix,
cierto negocio importante
tengo que hacer esta noche,
procura no venir tarde
por tu vida, que no es justo
que las espaldas me guarde
otro ninguno, teniendo
un hijo de quien fiarme.
Què dices? *Felix.* Esso preguntas?
Juana. Algun disgusto mi padre
ha tenido. *Belt.* Buena espada
lleva consigo. *Felix.* Agraviarme
fuera llevar otro alguno.
Juana. Yo tengo de acompañarte.
Pedro. Aqui estabas? *Juana.* Y corrida
de que antepongas à nadie
en la ocasion, conociendo
que puedes de mi fiarte:
yo he de ir contigo.
Pedro. Estàs loca?
Felix. Esso es querer ultrajarme.
Juana. No es sino que tu no has visto
de noche jamàs la calle.

Pedro. Trata de hacer tu labor.
Felix. Yo tengo de ir con mi padre.
Pedro. Claro està.
Juana. Pues que tu vayas,
ò no, yo he de acompañarle.
Pedro. Muger? *Juana.* Si nacì muger,
y como hombre me criaste,
no tengo la culpa yo.
Pedro. Esto es menester llevarse *ap.*
de otro modo, que si està
resuelta, ha de assegurarme,
y despues ha de salir,
sin que nadie sea bastante
à detenerla. *Leon.* Terrible estàs.
Pedro. Escuchame aparte.
Aparta Don Pedro à Doña Juana.
Juana. Què me mandas?
Pedro. Yà que me obligan
tus locas temeridades
à que un hombre destas canas,
quando no fuera tu padre,
hable en cosas indecentes
de que tu las escuchasses,
por escusar à tu brio
un arrojo, confessarte
es fuerza, que no es disgusto
à lo que voy; esto baste,
que no es bien tratar contigo
de livianas mocedades,
y olvida por vida tuya
las acciones, y el lenguage
de varon, y de soldado,
que aunque es fuerza confessarte,
que fue mio el yerro, importa
que tratèmos de enmendarle:
modera el brio, y advierte,
por si llegas à casarte,
que es tan malo que en ti sobre,
como que en tu hermano falte.
Juana. Digo que el obedecerte
es justo, y que de mi parte
harè, señor, quanto pueda.
Pedro. Esta nunca llegò à darme *ap.*
tanto cuidado: Don Felix?
Felix. Señor?
Juana. El quiere engañarme. *ap.*
Pedro. Aquel peto Milanès
de tu hermana quiero darte,
que es fuerte, y de poco peso.
Felix. Esso mismo suplicarte
querìa. *Pedro.* Mucho me huelgo.
Juana. Esso es bueno para Flandes,
y aun allà solas dos veces,
porque en mì no se juzgasse
à sobervia, me le puse,
que los honrados bien saben,
que las balas el contrario
las tira, y Dios las reparte;
pero aqui, si el corazon
es bueno, dos tafetanes
bastan, y si no, cenar
à la oracion, y acostarse.
Felix. Juana dice bien. *Pedro.* No dice:
en los prevenidos lances
ay algunos en que un hombre
debe ir à reñir en carnes;
pero quando và dispuesto
à reñir à todo trance,
sin saber con quien, ni quantos
pueden ser, fuera ignorante
en no salir prevenido.
Belt. Yo llevàra dos manguales,
un arcabuz de Gaspar,
un pedrero, y tres montantes.
Pedro. Vamos, Felix, que no quiero
que destas materias hables
con tu hermana.
Felix. Vèn conmigo,
que un recado de mi parte
has de llevar à Isabèl,
porque esta noche no aguarde.
Belt. Yà te sigo.
Entranse Don Filix, y Beltràn, y Don Pedro buelve desde el paño.
Pedro. Ansi, Lenor,
el juicio han de quitarme
estos hijos, oye. *Leon.* Di.
Pedro. Hazme gusto de portarte
con Juana, no como tia,
pues en la edad sois iguales,
dexala que ella se rija
en todo por su dictamen,
segura de que jamàs
à lo que debe hacer falte,
que yo sè bien lo que tengo
en ella, en quanto à la parte
de honesta con experiencia,
que pueden assegurarme,

no

no estrañes su desahogo,
porque en ella no es culpable,
y solo tiene un remedio. *Leon.* Y es?
Pedro. Que à su gusto se case,
que si este no la sujeta,
ninguno serà bastante;
y assi, quando se te ofrezca,
por el modo mas suave
que pudieres, examina
su intencion, sin dàr la parte
al que yo::- *Leon.* De esso me avisas?
Pedro. Queda con Dios. *Vase.*
Leon. El te guarde.
Juana. Grande colera me causa
vèr andar en secreticos.
Leon. Es que era cosa tocante
à ti. *Juana.* Pues por esso mismo,
que quanto de mi se diga,
se puede decir à gritos.
Leon. En tu favor era todo
quanto hablamos.
Juana. Pues què dixo?
Leon. Que como amiga, ò hermana
me portasse yo contigo
de aqui adelante, dexando
el cuidado, y el estilo
de tia, y me huelgo cierto,
que es enfadoso exercicio
el de tener que guardar.
Juana. Que estoy guardada conmigo
sabe mi padre muy bien.
Leon. De essa suerte me lo ha dicho.
Juan. Y no te ha dicho mas? *Leon.* No,
porque lo que yo he entendido
que desea, no querrà
à mi à lo menos decirlo,
por no decir que le cuestas
mas cuidado, pues el mismo
conmigo tener pudiera.
Juana. Segun esso, has presumido,
que intenta casarme? *Leon.* Si.
Juana. Mi padre es bien entendido,
y conociendome à mi,
no hiciera tal desatino.
Leon. Desatino era casarte?
Juana. Sì, no siendo à gusto mio,
que aunque sabe mi obediencia,
tambien sabe que es mi altivo
corazon tan indomable,
que era poner à peligro,
no el honor, pero la vida
del que me dè por marido,
si primero no le aprueban
mis ojos, y mis oidos.
El que à mi me sujetare,
fuera de ser bien nacido,
ha de ser dueño, primero
que de mì, de mi alvedrìo.
Un hombre, à quien voluntarios
obedezcan mis sentidos,
que es la obediencia gustosa
de la sujecion alivio,
porque quando quiera usar
sin razon de aquel dominio,
que le diò naturaleza,
tyranamente adquirido,
al querer romper el freno
de la obediencia mi brio,
aun mas que mi obligacion,
me reporte mi cariño:
muy valiente, muy cortès,
sin dexar de ser altivo,
sin vanidades de noble,
ni presunciones de lindo,
que si me viera en el lecho
al lado de algun Narciso
muy compuesto, por no ajar
los articulados rizos,
en Dàlida transformada,
en mirandole dormido,
de la fuerza de su gala
se hallàra despossеìdo
al despertar, aunque fuera,
vive Dios, el Sanson mismo:
y en fin ha de ser un hombre,
sobre las partes que he dicho,
que aya dado tantas muestras
de amarme firme, y rendido,
que llegue à creerlo yo,
porque perdiera el juicio,
si quien me llamàra suya,
no supiera yo que es mio.
Leon. El casar por conveniencia
es mas seguro camino,
que el trato al amor engendra,
y por esso los antiguos
pintaron niño al Amor.
Juana. No soy amiga de niños,

el Amor ha de ser hombre;
y pues tambien es preciso
el darte mi padre estado,
con el que huviere elegido
para mi, puedes casarte.
Leon. Què gracioso desvarìo!
pues yo avia de casarme
con quien te huviera pedido
primero à ti? te parece
que à mi me falta capricho?
pues en lo que es vanidad,
te asseguro que he nacido
tan valiente como tu;
pero aunque de mi alvedrìo
pudiera con mas razon
ser dueño, como el motivo
primero del que mi esposo
aya de ser dirigido
venga à mi, siempre estarè
obediente à los designios
de mi hermano, y te prometo,
que algun afecto reprimo
de unos dias à esta parte:
saber assi solicito *ap.*
si es cierto lo que sospecho.
Juana. La inclinacion no es delito:
à Don Fernando se inclina:
sin duda buena la hicimos;
corazon, en mayor guerra
pienso que me aveis metido,
que la de Flandes.
Leon. Y puesto,
Juana, que lo mas te he dicho,
decirte quiero el sugeto.
Juana. Si se declara conmigo, *ap.*
es fuerza desengañarla,
y me està mal: yo te estimo
hacer de mì confianza;
pero aunque las dos nacimos
mugeres, ni me està bien
saberlo, ni à ti el decirlo,
hasta que con sus finezas
declare quien es el mismo.
Leon. Pues si no lo sabe, còmo?
Juana. Huelgome de averte oìdo,
porque si aun èl no lo sabe,
tu misma te has respondido.
Leon. Por què?
Juana. Porque del decoro
de quien eres es indigno
que tu confiesses, que ay hombre,
que sin bastantes indicios
de estàr muy enamorado,
un cuidado te ha debido.
Leon. Digo que tienes razon;
que no fue cierta imagino *ap.*
mi sospecha; y quando sea
verdad, con esto he cumplido:
yo voy à vèr si Vicente
sabe de què ha procedido
el querer salir mi hermano
esta noche con su hijo. *Vase.*
Juana. Sin duda en algun secreto
del pecho viviò escondido
este declarado amor,
temeroso del ruido
de Marte, porque en seis dias
como pudiera conmigo
hacerse tanto lugar,
si en èl no huviera vivido?
Sale Beltràn.
Belt. Sola està, si ello ha de ser,
no es mala ocasion: Dios mio,
libradme de esta Amazona;
pero daga, ni cuchillo,
ni otro volante instrumento
tiene cerca, yo me animo,
pues el viejo no està en casa:
señora? *Juana.* Què ay?
Belt. Ha venido
mi señor, si sabes? *Juana.* No.
Belt. Pues el buscarle es preciso.
Hace que se và.
Juana. Espera, ay algo de nuevo?
Belt. Pienso que si, mas contigo
no quisiera hablar en esto.
Juana. Aguarda, dime, ha tenido
algun disgusto mi padre?
Belt. Presumo por los indicios,
que si, pero no quisiera::-
Juana. Acaba yà de decirlo.
Belt. Es que temo que tu padre::-
Juana. Borracho, si me amohino::-
Belt. Yo lo dirè, no te enojes.
Juana. Dilo, pues, què aguardas?
Belt. Digo;
que un Cavallero llegò
à mi, que es bien conocido,

diciendome: este papèl
le dad al instante mismo,
Beltràn, al señor Don Pedro,
sì bien tambien he cumplido
si à ti te le doy, porque
aviendole respondido,
que no sabìa si estaba
en casa, tambien me dixo,
pues à su hija le dad;
y esto tan descolorido,
que tengo por cosa cierta,
que serà algun desafio.

Juana. Cierta saliò mi sospecha,
mi padre engañarme quiso,
porque yo no le siguiesse;
pues dì, qual serà el motivo
de no recatar de mi
el papèl? *Belt.* Yo no adivino:
oyga el diablo del reparo;
yo estoy en grande peligro.

Juana. Pero estàs bien en que el hombre
que me le diesses te dixo,
no estando en casa mi padre?

Belt. Si, pesar de quien me hizo!

Juana. Pues de què estàs tan inquieto?
què tienes? *Belt.* Se me ha ofrecido
cierto negocio importante.

Juana. Luego iràs.

Belt. Es muy preciso,
porque desde anoche ando
muy malo. *Juana.* De què?

Belt. De ahito.

Juana. Con calentura? *Belt.* Muy grande,
y aun aora no estoy limpio.

Juana. Muestra el papèl. *Dasele.*

Belt. Vesle aqui.

Juana. No sè si me atreva à abrirlo,
que el darle à mi padre es fuerza;
y viendo que le he leìdo,
me ha de estorvar que le siga.

Belt. En abriendole, de un brinco
me he de poner en la calle.

Juana. Mas dime, Beltràn, no has dicho,
que à quien te le diò conoces?

Belt. Si. *Juana.* Pues quien es?

Belt. El que quiso
descalabrar tus criados.

Juana. Quien? Don Fernando?

Belt. Esse mismo.

Juana. No quiero darle à entender,
que su engaño he conocido:
aguarda afuera. *Belt.* Yà aguardo:
lindamente ha sucedido. *Vase.*

Juana. No es bueno que estaba yà
culpandole de remisso;
esto và con mucha priessa,
muy grande fue mi delito,
pues sin dàr tiempo al descargo,
pronuncia amor el castigo.

Abre, y lee.

Fuerza fue, señora, amaros,
si fue contingente el veros,
impossible el mereceros,
como impossible olvidaros:
yo no pretendo obligaros,
solo à quenta de una herida,
bien dada, y mal merecida,
os pido que me dexeis,
Juana, sin que os enojeis,
quereros toda mi vida.
Si todos los hombres aman
tan firmemente rendidos,
donde ha de aver resistencia?

Al paño Don Fernando.

Fern. Si mi papèl ha leìdo
sabiendo que soy yo el dueño,
como yà Beltràn me ha dicho,
de vida sois, pensamientos,
que no es poco, siendo mios.

Juana. Mas si dicen que el amor
es rayo, que resistido
hiere con mayor violencia,
por què estraño? mas què miro!
èl se ha entrado.

Felix. Yerro fue
el entrar, mas yà me ha visto.

Juana. Sola esta vez en mi vida
sobresaltado he sentido
el corazon, mas què mucho,
si se acerca el enemigo:
bien dicen, que Amor es guerra.

Sale Fern. Señora, si yerro ha sido
entrar sin pedir licencia::-

Juana. Si algun sentimiento finjo, *ap.*
se ha de bolver sin hablarme.

Fern. Que me perdoneis os pido,
pues no puede caber culpa
en quien no tiene alvedrìo.

Juana.

Juana. Quando fuera culpa, yo
soy quien la huviera tenido,
que quien un papèl recibe,
ignorando quien le ha escrito,
de nada puede quexarse,
con que yà os he respondido
à lo que en èl me pedìs,
pues que viene à ser lo mismo;
mas si buscais à mi padre,
no està en casa: assi lo animo. *ap.*
Fern. A mi, señora, me busco,
pero à un impossible aspiro,
pues solo pudiera hallarme
yo en vuestro pecho mismo:
mirad como puede ser.
Juana. Pues aunque yo no lo afirmo,
(porque en esto ay mil engaños)
pienso que en èl os he visto
de unos dias à esta parte:
no debeis de estàr perdido;
mas què digo? estoy en mi?
Fern. Os engañan mis oìdos,
ò es milagro del Amor
hallar el cuidado mio
en vuestro pecho lugar.
Juana. Yo hasta aora no os he dicho,
que es cierto.
Fern. Quando lo fuera,
que tampoco lo he creìdo,
sobre tantas experiencias,
fuera muy grande delito?
Juana. Delito no, pero fuera
peligroso desvarìo
tener de puertas adentro
tan peligroso vecino,
que estais con razon quexoso,
y os rezelo vengativo.
Fern. Razon de quexa jamàs
hasta aora la he tenido,
porque vos siempre tuvisteis
por agravios mis servicios;
no conocerlos no es culpa,
pero yà reconocidos,
si no es culpa el no estimarlos,
es crueldad el no admitirlos.
Juana. Pienso que teneis razon;
mas mirad que ha anochecido,
y puede venir mi padre.
Fern. En què quedamos?
Juana. No digo,
que teneis razon?
Fern. Què importa,
si con ella no consigo
el saber si mis deseos
quedan de vos admitidos.
Juana. Solo me faltaba aora *ap.*
darse por desentendido:
digo que vuestro deseo
agradezco, y que le admito,
y::: mas dexadme por Dios,
que no sè lo que me digo.
Fern. Loco estoy: Amor, què es esto? *ap.*
Juana. Pero à mi padre he sentido,
idos, què esperais?
Fern. Quisiera::: *Juana.* Què quereis?
Fern. Solo pediros::: *Juana.* Què?
Fern. Licencia para veros
mañana. *Juana.* Buen desatino!
aveis entrado sin ella,
juzgandoos aborrecido,
y aora pedìs licencia?
Fern. Còmo ha de estàr discursivo,
señora, quien tanta dicha
le ha dexado sin sentido?
Juana. Idos, pues, antes que os vean,
supuesto que no os han visto.
Fern. No me acierto à despedir.
Juana. No teneis que despediros.
Fern. Por què?
Juana. No decìs, que estais
en mi pecho? *Fern.* Esso no afirmo;
pero puedo asseguraros::: *Juana.* Què?
Fern. Que vos vais en el mio.
Juana. Fuerza es decir que lo creo,
pues yà dixe que lo estimo.
Fern. A Dios. *Vase.*
Juana. A Dios; esto es hecho:
Amor, pues que me has rendido,
usa bien de la victoria,
que no merece castigo
el que alguna plaza entrega,
por averla defendido:
Inès. *Sale Inès.*
Inès. Señora. *Juana.* Mi padre
ha entrado? *Inès.* Por el postigo
entrò aora, y se ha encerrado
en su quarto con su hijo,
y pienso que le està dando

licion, ſegun el ruìdo,
de como ha de llevar pueſto
el broquèl. *Juana.* Lleva el veſtido
con ſecreto à mi apoſento,
que truxe por el camino.
Inès. Todavia dàs en eſſo?
Juana. Calla, y haz lo que te digo,
que antes que mi padre buelva,
vendrè, mas tèn entendido,
que ſi lo dices::: *Inès.* Jeſus!
tan mal eſtoy yo conmigo?
Juana. Preſto, que ſi ſalen antes,
ſerà impoſsible ſeguìrlos.
Vanſe, y ſalen Vicente, y Hernando.
Vicent. Mi amo dice que eſperèmos
haſta que èl venga, los dos.
Hern. Para què? *Vicent.* No sè por Dios,
pero preſto lo ſabrèmos.
Herm. Que es verde el viejo colijo.
Vicent. Pues ſi à vèr muger viniera,
querias que nos truxera
à noſotros, y à ſu hijo?
eſſo puedes preſumir?
Hern. Còmo ha de dàr à entender
un viejo què puede hacer,
ſino dando que decir?
Vicent. No creas de ſu prudencia
tan liviano penſamiento.
Hern. Pues què puede ſer ſu intento?
que ſi es alguna pendencia,
mas vale aora dexarte,
ſi deſpues te he de dexar.
Vicent. Seguro puedes eſtàr.
Salen Don Pedro, y Don Felix.
Pedro. Yo he de curar con el arte
ſu continuado rezelo,
que ſi naciò con valor,
y fue accidente el temor,
ſanarà. *Felix.* Valgame el Cielo!
què horror ponen las tinieblas!
topando con las paredes
voy, en mi miſmo tropiezo:
en cada piedra parece
que encuentran los pies un monte;
hà coſtumbre lo que puedes!
Pedro. Yà los criados me aguardan,
quiero aviſar à Vicente
con la ſeña, que me aguarde
donde le dixe, Don Felix.
Vicent. Aqueſta es la ſeña:
vèn, Hernando.
Vanſe los dos, y ſale al paño Doña Juana de hombre.
Juana. Yà parece
que ſe han parado, bien puedo
incorporada eſconderme
en el umbral deſta puerta.
Pedro. En eſſa caſa de enfrente
he de entrar, ponte en la boca
de eſta calle, y no me dexes
entrar à nadie por ella,
que preſto ſalgo.
Felix. Bien puedes
tener de mì confianza.
Pedro. Pues à eſſotra calle tiene
ſalida, darè la buelta,
para que Vicente llegue. *Vaſe.*
Fel. Valgame Dios! què he de hacer
en rieſgo tan evidente?
vive Dios, que eſtoy temblando,
mal cumples lo que prometes:
corazon, ſi no ha un inſtante
que deſeabas ponerte
en el rieſgo, como yà
deſmayas antes que llegue?
Juana. No me ha engañado mi padre,
algun galanteo tiene:
ſin duda en aquella caſa,
ſi tanto eſta paſsion puede
en un hombre, à quien el tiempo
cubriò de peynada nieve,
que no ſolamente el yerro
de ſu flaqueza comete,
ſino el averſe fiado
de ſu hijo, y el traerle
à guardarle las eſpaldas,
quando conoce à Don Felix,
què mucho que à mi me rinda?
Felix. Parece que ſiento gente.
Juana. Yo he de vèr como le và
de brio, que quando dexe
el pueſto, yo en ſu lugar
me quedarè à defenderle:
y quando la eſpada ſaque,
no es mucho el inconveniente,
pues es facil retirarme,
ſin que pueda conocerme.
Fel. Un hombre àzia mi ſe acerca,
què

què harè? *Juana.* Cavallero, dexe
la calle, y aquesto sea
al punto. *Felix.* Resuelto viene:
yo no acierto à hablar.
Juana. No aguarde
à que me enfade, y empeñe
en echarle à cuchilladas.
Felix. Yà me voy. *Juana.* Què se detiene?
Felix. Esto no tiene remedio,
perdone mi padre. *Vase.*
Juana. Fuesse;
que tanto pueda un temor,
que sangre, y honra atropelle,
sin discurrir en que un padre:::
mas si el miedo discurriesse,
ninguno fuera cobarde;
yà es forzoso que me quede
en su lugar.

Salen Vicente, y Hernando.

Vicent. Uno solo
dixo mi amo que llegue.
Hern. Dexame llegar à mi,
y veràs::: *Juana.* Un hombre viene.
Hern. Que al vèr relucir la espada
escapa como una liebre.
Hidalgo, vayase luego,
y no aguarde à que le pegue,
que jamàs he dado herida
à hombre de que no muriesse,
sin tener remedio humano:
yo apostarè que no puede
responderme de temor.
Juana. Quiero dexar que se acerque.
Hern. Saco la espada, aqui es ello:
huye.

Riñen, y huye Hernando.

Juana. Si harè, de esta suerte.
Hern. Ay, que me ha muerto.
Juana. No huyas. *Hern.* Si quiero.
Vicent. Tente. *Juana.* Què es tente?
tu tambien has de llevar.

Metelos à cuchilladas, y sale Felix.

Felix. Aunque la vida me cueste
he de bolver, que mi padre
no avrà salido; que ciegue
tanto el temor mi discurso!
que quando para vencerle
deseo mas la ocasion,
huya en viendola presente,
sin que el honor me detenga,
ni de mi padre me acuerde!
què es esto, Cielos!

Buelve Juana.

Juana. Por Dios,
que corren estos valientes
mucho; mas un bulto veo,
mi padre sin duda es este,
que al ruido de la pendencia
à socorrer à Don Felix
saliò, juzgando ser èl;
forzoso serà bolverme
à casa, porque primero
no llegue mi padre. *Vase.*
Felix. Gente
he sentido, serà èl mismo;
pues no tengo de moverme
de aqui, aunque me haga pedazos.

Sale Don Pedro.

Pedro. No puedo creer que Felix
anduviesse tan brioso,
sin duda engañarme quieren,
por escusarme un disgusto.
Felix. Hà vil corazon! què temes?
un hombre es solo, y tu estàs
guardado de un peto fuerte,
con un broquèl, y una espada,
bastante defensa tienes.
Pedro. Allì està, y he de saber
si me engañan, desta suerte.

Saca la espada.

Felix. El me embiste, padre, padre.

Embiste con èl à cuchilladas, y retirale hasta el paño.

Pedro. Casi presumo que mientes:
vive Dios, que he de matarle,
si las espaldas me buelve.
Felix. Yà con las espaldas toco
la pared: Cielos, valedme;
mas yà por guardar mi vida
es preciso defenderme.

Riñe, y retirase Don Pedro, y sale à la ventana Isabel.

Isab. Ruido de espadas siento,
si es mi hermano?
Pedro. Lindamente
ha sucedido. *Vase.*

Felix.

Felix. Cobarde,
no huyas. *Isab.* La voz parece
de Felix, no le sigais,
que quien las espaldas buelve,
bastante castigo lleva.
Felix. Si el deseo no me miente,
Isabèl es la que escucho:
notable dicha!
Isab. Es Don Felix? *Fel.* Si señora.
Isab. Estais herido?
Felix. Como pudiera ofenderme
ninguno, si en vuestros ojos
dos cielos me favorecen.
Isab. Què fue el disgusto?
Felix. Querer
echarme de aqui.
Isab. Si fuesse
Don Bernardo? mas no huyera
Don Bernardo tan vilmente.
Sale Don Pedro.
Pedro. Hijo? *Felix.* Señor?
Pedro. Has reñido
acaso, que me parece
que oì ruìdo de espadas.
Isab. Voyme, que su padre es este. *Vase.*
Felix. Si señor.
Pedro. Y quantos fueron?
Felix. Solo un hombre.
Pedro. En fin no miente.
Felix. Pero huyò luego.
Pedro. En tu vida,
quando otra pendencia cuentes,
hables mal de tu contrario,
dì que hiciste lo que debes.
Felix. Dices bien. *Pedro.* Vamos.
Felix. Contento
voy de que Isabèl me viesse.
Pedro. No voy del todo gustoso,
que aunque intentò defenderse,
no dexa de ser cobarde
quien es de miedo valiente.

JORNADA TERCERA.

Salen Inès, y Beltràn.
Belt. Què me dices? *Inès.* Lo que passa.
Belt. Que la Doña Juana quiere
à Don Fernando?
Inès. Se muere
por èl, y Leonor se abrasa
de zelos, porque tambien
à Don Fernando se inclina.
Belt. Si èl pretende à la sobrina,
què importa?
Inès. Mira que estèn
aquestas cosas secretas.
Beltr. Segura puedes estàr.
Inès. Pues tambien te he de contar,
como callar me prometas,
que no te descalabrò
el que tu tienes creìdo,
porque Don Felix no ha sido.
Belt. Pues quien fue el que me pegò?
Inès. Su hermana, que rezelando,
que el padre no iba seguro
con Don Felix, en lo obscuro
de aquella noche, fiando
no poder ser conocida,
que callasse me mandò,
y à lo largo le siguiò,
en trage de hombre vestida,
y logrò en fin su pretexto;
pues apenas à su hijo
dexò el padre, segun dixo,
quando ella le echò del puesto,
y entonces llegaste tu
para hacer la carabana.
Belt. No es esta muger Christiana,
ofrezcola à Bercebù:
por esso la marimacho,
quando yo se lo contaba,
tantas carcajadas daba:
pues tenme por un borracho,
si no la hiciere gormar
el gusto que ha recibido
del averme sacudido,
por Christo que ha de rabiar;
risas sobre hacer el daño?
Inès. No hiciera mas el Demonio.
Belt. Dexa estàr à Marco Antonio,
pues luego no hay harto paño?
ella no està enamorada?
Inès. Y de Leonor con recelos.
Belt. Serà miel sobre buñuelos.
Inès. Què es lo que piensas hacer?
Belt. Nada.
Inès. Yà he presumido tu intento,
mas no lo dès à entender,

que nada puede ſaber.
Belt. Fuerá errar el fundamento
del ſuſto que la he de dàr;
mas no nos vea à los dos
juntos, que ella ſale.
Inès. A Dios.
Vaſe, y ſale Doña Juana.
Juana. Oy à Leonor declarar
pienſo mi amor, eſcuſando
ſu deſayre, que es rigor
aguardar à que ſu amor
llegue à ſaber Don Fernando,
que es en efecto mi tia,
y de el quedar deſayrada,
por no eſtàr deſengañada,
vendrà à ſer la culpa mia:
y ſabiendo que es deſeo
de tres años, olvidando
irà ſu amor; ay, Fernando,
un ſiglo hà que no te veo!
Beltràn? *Belt.* O ſeñora mia!
Juana. De què vienes tan contento?
Belt. De què? eſſa es buena pregunta,
el que lo ſupo primero
fuì yo.
Juana. Pues què es lo que ſabes?
Belt. De mi ama el caſamiento,
que aunque tan ſecreto ha ſido,
yo vì firmar los conciertos
en eſte inſtante.
Juana. Mi tia? *Belt.* Si.
Juana. Què dices? *Belt.* Eſſo es bueno:
luego no lo ſabes? *Juana.* No.
Belt. Pues ſi es con tanto ſecreto,
que te lo han callado à ti,
que no lo digas te ruego,
que ſolamente de mi
lo fiò mi amo el viejo,
pero no juzguè que tu
lo ignoraſſes. *Juana.* Yo prometo
no darme por entendida.
Belt. A ti què ſe te dà de eſſo?
Juana. Antes me huelgo: quien es
con quien ſe caſa?
Belt. Aqui es ello,
nueſtro amigo Don Fernando.
Juana. Què dices?
Belt. Perdiò el aliento.
Juana. D. Fernando? *Belt.* D. Fernando.
Juana. Pues còmo puede ſer eſſo?
Belt. Yo ſoſpecho que ſerà,
ſegun otros caſamientos,
ſabiendo primeramente,
que ella es doncella, èl ſoltero,
llamando una noche al Cura,
eſtando todo diſpueſto,
preguntando à Don Fernando,
ſi à Doña Leonor por dueño
quiere; reſpondiendo, ſi,
y con un canto à los pechos,
preguntando à ella lo meſmo,
y los ojos en el ſuelo,
reſponder que sì quedito,
aunque le quiera muy recio,
darſe las manos, cenar.
Juana. Calla, infame, que me has muerto.
Pegale.
Belt. Si te ha hecho mal la cena?
Juana. Vete de aqui, ò vive el Cielo:::
Belt. De eſto te enojas?
Juana. Villano:::
Belt. Un Saludador ſoſpecho *ap.*
que ha meneſter la ſeñora.
Juana. Eſpera, Beltràn.
Belt. Yà buelvo. *Vaſe.*
Juana. Muerta he quedado: es poſsible,
que puede ſer verdad eſto?
tan vil engaño conmigo
Don Fernando! no lo creo;
mas por què lo aſſeguràra
Beltràn, ſi no fuera cierto?
Sin duda vino à vengarſe
de los paſſados deſprecios,
y para matarme el alma
quiſo deſcubrirme el pecho.
Que pueda un hombre fingir
tan cariñoſos afectos,
y me ſiga deſde Flandes
ſolo con aqueſte intento!
matarèle aqueſta noche,
aunque atropelle el reſpeto
de mi padre, y aventure
la vida, y honor; mas pienſo
que èl viene, buen deſahogo:
ay mayor atrevimiento!
Sale Don Fernando.
Fern. Haſta verte, Juana mia,
vivo fuera de mi centro,
mas

mas dixe mal, que no vivo
las horas que no te veo:
Beltràn me dixo, que fuera
estaba el señor Don Pedro,
y que tu quedabas sola.

Juana. Un volcàn tengo en el pecho.

Fern. Pero de què novedad
procede el ayrado ceño?
estàs conmigo enojada?
porque nunca desde el cielo
de tu rostro los dos soles
me han mirado tan severos.

Juana. Vuestras fingidas lisonjas,
aun mas que mi agravio, siento;
idos, señor Don Fernando,
muy aprisa, que no quiero,
del que es pleyto executivo,
hacer ordinario pleyto.

Fern. Què pleyto es este, ò què agravio?

Juana. No apureis mi sufriento,
que os estarà mal, dexadme.

Fern. Què es dexarte? vive el Cielo,
que tengo de saber antes
de tu enojo el fundamento:
en què, mi bien, te he ofendido?
son menos mis rendimientos?
està por favorecido
mi amor algo mas sobervio?
Hase valido jamàs,
señora, mi atrevimiento
del agrado de tus ojos
para perderte el respeto?
Habla por Dios, ò creerè,
que es el enojo supuesto,
y que estàs arrepentida
de agradecer mis desos,
que aunque no puede en un Angel
caber arrepentimiento,
todo cabe en mi desdicha.

Juana. Còmo, infame Cavallero,
os atreveis à llegar?
(mucho mi colera temo)
donde estoy (rabio de enojo!)
sin recelar que mi aliento
os sabrà quitar mas vidas,
que teneis atrevimientos?
El no aver vos intentado
de la licencia valeros,
que en fé de mi esposo os daban
mis declarados deseos,
no ha sido efecto de amor,
sino del temor efecto,
juzgando que à mi venganza
era mas preciso empeño
el dexar muerto mi honor,
que vivos mis sentimientos.
A vuestro miedo, y no à vos
el recato le agradezco,
que à quien al alma se atreve,
tambien ofendiera el cuerpo;
pero no aveis de lograr
en esta casa, à lo menos,
mientras yo tuviere vida,
el infame menosprecio,
y assi tratad de escusarlo
por el mas prudente medio
que pudiereis, y no passe
adelante vuestro intento,
porque no estareis seguro,
sino es que os subais al Cielo,
aunque traygais por defensa,
en vez del cobarde azero,
contra mi enojo mil rayos
en qualquiera movimiento;
idos, què aguardais?

Fern. Señora,
quien te ha engañado? què es esto
acaba de declararte
por Dios, y matame luego.
Son zelos?

Juana. Buena pregunta,
agravios son, no son zelos.

Fern. Si alguna traydora embidia
contigo me ha descompuesto,
en darle credito agravias,
bien mio, tu entendimiento,
que no ha de poder contigo
mas un informe supuesto,
que tres años de experiencias,
y mil siglos de tormentos.

Juana. Pues que yo no pierdo el juici
sin duda que no le tengo:
requiebros quando venis
de firmar vuestros conciertos
de la boda con Leonor!
en què vuestro atrevimiento
se fia? *Fern.* Què es lo que dices?
con Leonor? mucho me huelgo

de que ella causè tu enojo,
por satisfacerte presto.
Juana. No es ella quien me lo ha dicho.
Fern. Pues dime quien.
Beltràn al paño.
Belt. Aqui es ello.
Juana. Quien se hallò presente à todo.
Fern. A no estàr tan satisfecho
de quien eres, presumiera:::
Bel. Aquesto se và encendiendo
mucho.
Juana. Pues què es lo que aviais
de presumir? *Belt.* Riñan quedo,
que lo estoy todo escuchando.
Juana. Entra, Beltràn, que à buen tiempo
has llegado. *Belt.* Desde aqui
cantarè como un xilguero.
Juana. Bien seguro estàs, aora
vereis si lo sè de cierto;
no dixiste que venias
de vèr firmar los conciertos
de la boda de mi tia
con aqueste Cavallero?
Fern. No temas, di lo que has visto.
Belt. Yo no sè mas de que tengo
una señal en los cascos,
que no la cubrirà pelo,
de mano de essa señora,
y quise con este enredo
vengarme, nadie se mueva,
porque al amago primero
pondrè los pies en la calle,
y los gritos en el Cielo.
Fern. El engaño te perdono,
y el desengaño agradezco:
toma esta sortija. *Dasela.*
Belt. Venga.
Fern. Por si viniere Don Pedro,
ponte à essa puerta, y avisa.
Juana. Corrida estoy.
Belt. Yà lo entiendo.
Fern. Quieres mas satisfaccion?
Juana. Que os vais solamente quiero.
Fern. Aun no estàs desenojada?
Juana. Ay mucho que hacer primero.
Fern. Oy, si tu me dàs licencia,
hablar à tu padre pienso:
què dices? no me respondes?
Juana. No estoy para responderos;
idos, que aguardando estàmos
à vuestra hermana. *Belt.* Yo pienso,
que aora acaba de entrar.
Juan. Pues no es biẽ que me eche menos:
quando has de hablar à mi padre?
Fern. Quando tu gustares.
Juana. Luego. *Fern.* Oye.
Juana. Di. *Fern.* Si con tu padre
no pueden mis rendimientos
acabar que me dè el sì,
podrè decir:::
Juana. Yà te entiendo,
pero no lo creas. *Fern.* Yo
siempre creo lo que temo.
Juana. Aora temes? *Fern.* Si.
Juana. Pues
si no pudiere ser menos,
le diràs, que yo soy tuya,
muy humilde, ò muy resuelto. *Vase.*
Fern. Beltràn? *Belt.* Señor.
Fern. Sabes donde
hallarè al señor Don Pedro?
Belt. En Palacio le hallaràs.
Fern. Loco voy. *Belt.* Assi lo creo,
porque sola essa disculpa
tiene quien tal desacierto
intenta, como casarse.
Fern. Pues yo, Beltràn, solo siento
saber, que es corta la vida
para tanto amor.
Belt. Confiesso,
que en quien casa como tu,
no es grande el atrevimiento,
que aunque los duelos son tantos,
con pan al fin seràn menos;
pero ay infinita gente,
en quien es el casamiento
Hospital de la locura
de amor, donde en breve tiempo,
quien no come, y duerme mucho,
sustentando el primer yerno,
mas los que duermen, y comen,
en dos dias salen cuerdos.
Vanse, y sale Don Felix.
Felix. Hasta aora no he creido,
que es Amor todo desvelos,
pues no me libra de zelos
verme tan favorecido;
pero no està mal fundado

mi recelo, à lo que entiendo,
pues Don Bernardo siguiendo
vino à Isabèl, y parado
està en la calle, mas yà
se viene acercando à mi;
no he de quitarme de aqui.

Sale Don Bernardo.

Bern. Felix en la calle està,
fuerza es hablarle, ocultando
la passion que el pecho esconde.
Felix. Señor D. Bernardo, donde?
Bern. Buscando vengo à Fernando.
Felix. Desmentir intenta en vano
su intencion.
Bern. Que aqui he de hallarle
me dixo, y he de aguardarle.

Arriba Isabèl, y Juana.

Isab. En la calle està tu hermano.
Juana. Y Don Bernardo con èl.
Isab. Que hasta aqui venga à cansarme
este hombre!
Bern. Quiero acercarme,
que al balcon està Isabèl
con Leonor, y Doña Juana,
que hablando à Leonor, intento
que sepa mi sentimiento
Doña Isabèl. **Felix.** Con mi hermana
pienso à Isabel declarar,
que tengo justos recelos.

Llega Don Bernardo à hablar à Doña Leonor, que estarà algo apartada de las dos, y Felix à su hermana que està con Isabèl.

Bern. Yo he de averiguar mis zelos,
de una vez quiero llegar;
à mi fortuna agradezco,
señora, el aver llegado
en esta ocasion. **Isab.** Què enfado!
Leon. Bien, Don Bernardo, os merezco
todo el favor que me haceis.
Felix. Hermana, què suspension
es essa? **Juana.** Mi condicion.
Bern. Mucho me huelgo que esteis
oy tan bien entretenida.
Leon. Aqueste entretenimiento
no es novedad. **Isab.** Què tormento!
Felix. Sin duda estàs divertida,
escuchame à mi no mas.
Juana. Que te escuche? para què?
Felix. Para que sepas que sè,
que à qualquier parte que vàs
tienes quien te siga. **Juana.** A mi?
no pienso que hablas conmigo.
Felix. Claro està.
Isab. Quando contigo
hable, y esso fuesse assi,
no dando tu la ocasion,
nadie te puede culpar.
Bern. Con ella debe de hablar,
que esto es dàr satisfaccion.
Juana. Pienso que has perdido el sesso:
en la calle hablas assi?
Felix. Por què no, si yo le vì.
Juana. Pues què tenèmos con esso?
Leon. Don Bernardo està escuchando;
porque no les entendiera
entretenerle quisiera.
Juana. Yà me voy amohinando.
Bern. No sè como ocasionalle.
Isab. Juana, dile que es verdad.
Leon. No direis què novedad
os traxo por esta calle?
Isab. Zeloso està, no me pesa.
Juana. Estoy por decirle aora
lo que sabe, y lo que ignora.
Bern. Sigo, señora, una empressa,
aunque no con la ventura,
que cierto competidor:::
pero escoger lo peor
es pension de la hermosura.
Felix. Aqui el responder serìa
darme yo por ofendido.
Bern. No se dà por entendido.
Isab. Què descortès grosserìa!
Leon. Esto es forzoso estorvar,
que yà està el caso entendido.
Bern. Vive Dios, que estoy perdido.
Leon. De aqui las quiero llevar:
vamos. *Caesele el guante.*
Isab. El guante: ay de mi!
Juana. Pues esso no mas te altera?
subele, Felix. **Bern.** Si hiciera,
si no estuviera yo aqui.

Despues de alzar el guante Felix, se le quita Don Bernardo.

Felix. Mira: **Bern.** Son adornos vanos
en tì prendas semejantes,
que no se hicieron los guantes
pa-

para quien no tiene manos.
Felix. Aguarda.
Bern. Què ay mas que aguarde?
Juana. Dexadme las dos baxar.
Isab. No te avemos de dexar.
Juana. Saca essa espada, cobarde.
Felix. No puedo. *Turbase D. Felix.*
Bern. Serà sin duda
por no querer ofendella,
que una espada tan doncella
tendrà verguenza desnuda.
Juana. He de baxar, vive Dios.
Vase Juana, y Leonor.
Felix. Falteme la luz del dia.
Isab. Què gran cobarde serìa
el que anoche huyò de vos!
Vase, y sale Don Fernando.
Fern. Algun passado disgusto
le sucediò à Don Bernardo,
pues decirmele no quiso,
quiero informarme del caso
antes que buelva à buscarle,
para ponerme à su lado,
si el lance no tiene medio.
Felix. Una estatua soy de marmol.
Fern. Don Felix, què es esto? vos
descolorido, y turbado?
què teneis? *Fel.* Que me dexeis
os pido. *Fern.* Còmo dexaros?
sin duda ha sido con èl
el disgusto, sossegaos.
Felix. Còmo puedo?
Fern. Aveis reñido
acaso con Don Bernardo?
Fel. Pluguiera à Dios que quedàra
à sus pies hecho pedazos:
Pluguiera à Dios, que al nacer,
en vez de piadosas manos,
me recogieran las garras
de algun Leon Africano,
ò yà que me perdonàra,
cruel, quando mas humano,
texidas viboras fueran
aquellos primeros paños.
Fern. Al corazon recoged
el despecho de los labios,
Felix, pues teneis espada,
y vida vuestro contrario,
que para todo tendreis
en mì un amigo, y hermano;
no estamos bien en la calle,
entrèmos en vuestro quarto
los dos. *Felix.* Dexadme por Dios.
Fern. Entrad.
Vanse, y salen Leonor, y Isabèl deteniendo à Doña Juana, que trae espada en la mano, y Inès.
Juana. Es cansarse en vano.
Leon. Inès, cierra essa puerta.
Juana. La echarè à coces abaxo,
aunque de diamante fuera.
Sale Don Pedro, y Beltràn.
Pedro. Què alboroto es este?
Belt. El Diablo,
que anda suelto.
Pedro. Què es aquesto?
Leon. Gracias à Dios que has llegado.
Pedro. Muger, donde vàs assi?
Juana. A matar à Don Bernardo,
yà que el Cielo darme quiso
una muger por hermano.
Ped. Pues què ha avido habla, Leonor.
Leon. No ha sido mas de que estando
las tres en essos balcones,
se le cayò un guante acaso
à Doña Isabèl, y à un tiempo
à levantarle llegaron
juntos Don Bernardo, y Felix,
y en efecto Don Bernardo
con el guante se quedò.
Juana. Lindo modo de contarlo;
teniendole yà Don Felix,
se le quitò de las manos!
Pedro. De las manos?
Juana. Y lo menos
fue el aversele quitado,
comparado à las palabras.
Belt. Vivirà docientos años.
Pedro. Esto me guardaba el Cielo!
adonde està esse villano?
Leon. Quien, tu hijo?
Pedro. Què es mi hijo?
vive el Cielo, si en tus labios
otra vez oygo esse nombre:::
sabes donde està? *Inès.* En su quarto
entrò aora. *Leon.* No callaràs.
Isab. Señor, què intentais?
Pedro. Matarlo. *Vase.*

Inès. Don Fernando està con èl.
Leon. Con esso me has consolado,
èl reportarà su enojo.
Juana. De colera estoy rabiando.
Fern. Detenèos, señor Don Pedro,
que es intento temerario
el vuestro.
Sale Don Pedro con la daga en la mano tras D. Felix, y èl retirandose, y deteniendole D. Fernando.
Pedro. Vos me estorvais?
Fern. Yo os doy la palabra, y mano
de que cumpla vuestro hijo
con la obligacion de honrado,
primero que el Sol se esconda
en el contrapuesto ocaso;
hacednos favor, señoras,
de dexarnos solos. *Leon.* Vamos.
Belt. El resucitar à un muerto
no serà mayor milagro.
Vanse todas, menos Juana.
Ped. Vete tu tambien. *Juana.* Si harè,
mas advertid, Don Fernando,
que se ha de satisfacer
por su persona mi hermano.
Quedase al paño Juana.
Fern. Esso puede tener duda?
Pedro. No te vàs?
Juana. Yo he de escucharlos.
Pedro. A no estàr tan satisfecho
de que fue mas limpio, y claro
que el Sol el honor de Elvira
tu madre, huviera pensado,
que no ay en ti sangre mia;
pero por los Cielos santos,
y por la vida del Rey,
que aunque Maestre de Campo
diez años le servì en Flandes,
sola esta vez la he jurado,
que aunque huyendo de mi vayas
à los climas mas estraños,
he de seguirte, y matarte
dando alivio à mi cuidado,
si no me traes con el guante
de tu enemigo la mano.
Felix. Basta, padre, que la prueba
mayor de averme engendrado,
es el no empezar por ti
à vengar oprobios tantos:
yà despertò mi valor
de aquel infame letargo,
en que sin honra vivieron
mis mal empleados años;
y aunque para defenderle
en mi ofensa conjurado
baxàra desde su esfera
Jupiter vibrando rayos,
primero que el Sol se ausente,
ha de quedar mi contrario
hecho ceniza en el fuego
de mi colera, y agravio.
Hace que se và.
Pedro. Detente, Felix, espera.
Felix. Para què?
Pedro. Para acertarlo,
que hemos menester pensar
el modo del desagravio,
que bien puedes proceder
valiente, y determinado,
y no quedar satisfecho.
Felix. Pues los dos podeis pensarlo,
y sea con brevedad.
Sale Juana. Tambien yo he sido Soldado;
y he de dàr mi parecer.
Pedro. En fin, no quieres dexarnos?
Juana. Sin tres no puede aver junta.
Fern. Dice bien. *Pedro.* Vamos al caso.
Fern. De mi parecer, señor,
no quisiera aventurarlo, *ap.*
que es Don Bernardo brioso,
lo mejor serà matarlo
con la daga, y si quedàre
para reñir yo à su lado,
pues por el guante me alcanza
tanta parte del enfado,
darè fin à la pendencia,
y pondrè à Felix en salvo.
Felix. De qualquier modo que sea,
ninguno ha de dàr un passo
en mi favor.
Juana. De mi voto,
mejor es darle de palos
en la mas pública parte,
y con la espada en la mano
embistiendo à su enemigo,
ò matarle, ò sustentarlos,
que es la accion de mas valor.
Fel. El que mas me ha contentado
es

es el parecer de Juana.

Pedro. Ni uno, ni otro es acertado
para el lance sucedido:
el del señor Don Fernando,
mas es parecer de padre,
que de amigo, pues dexando
lo menos que hacer à Felix,
quiere tomar à su cargo
lo mas de aquesta pendencia;
mas yo sè bien, que si el caso
le sucediera, no hiciera
lo mismo que ha aconsejado.
En el parecer de Juana
ninguna razon le hallo
por donde deba seguirse,
que la ignominia del palo
es para satisfacer
superchería, ò agravio
de sombrerazo, ò mentìs,
de bofetada, ò agravio,
recibida en ocasion
que tenga estorvo el vengarlo,
ò por las muchas espadas,
ù otro preciso embarazo;
pero quien pudo su ofensa
castigar en su contrario
al tiempo del recibirla,
sin aver estorvo humano
que impedirselo pudiera,
entonces no està agraviado
de parte de su enemigo,
que èl mismo se hizo el agravio.
Un guante à Felix quitò
Don Bernardo de la mano,
si tuvo razon, ò no,
yà se ofreciò à sustentarlo;
solo estaba, y con palabras
à Don Felix provocando,
para que el guante cobràra,
si èl no se atreviò à cobrarlo.
De el andar tímido Felix
no es culpado Don Bernardo,
ademàs, que aunque estuviera
sin culpa suya afrentado,
por la opinion que en Valencia
tiene yà, debe arriesgado
cobrar el guante brioso,
cuerpo à cuerpo, y en el campo,
que oy le importa parecer,
no cuerdo, sino bizarro;
aqueste es mi parecer.

Felix. Pues yo voy à executarlo.

Pedro. Aguarda, que puede ser
que en viendote, alborotando
la calle, saque la espada.

Fern. Dice bien, yo irè à buscarlo,
sin dàr à entender que sè
nada de lo que ha passado,
y en viendole vos conmigo,
podeis llegar, y apartarlo
con reportacion.

Pedro. Bien dice.

Felix. Pues id luego, D. Fernando.

Pedro. Advertid, que no su vida,
sino su honor, os encargo.

Fern. Pues si no fuera por esso,
no estuviera yà acabado?
yo me voy, à Dios, señora.

Juana. Hablaste à mi padre?

Fern. Quando? *vase.*

Felix. Padre, à Dios.

Pedro. Espera un poco.

Felix. Què he de esperar?

Pedro. Reportado
lleva el valor, hasta verte
con tu enemigo en el campo:
y en estando en èl, embiste
resueltamente gallardo,
y si la espada le yerra,
aciertale con las manos,
llegando, pues tienes fuerza,
con tu enemigo à los brazos,
que los que saben tan poco,
nunca han de reñir de espacio,
y por si èl hace lo mismo,
el pecho lleva guardado.

Felix. Toda la espada me sobra
para tan flaco contrario.

Pedro. Dame los brazos.

Felix. Perdona,
que hasta que vuelvan manchados
con sangre de mi enemigo,
no es bien que te dè los brazos. *vase.*

Juana. Esso si, cobrad los brios,
yà que Amor me và quitando
los mios. *Pedro.* Agradecido
me dexa, y aficionado
Don Fernando.

Juana. A mi tambien,
que es Cavallero bizarro.
Pedro. Y muy cuerdo.
Juana. Y muy valiente.
Pedr. Pienso que no me he engañado.
Juana. Arrebatòme mi afecto:
què me miras? *Pedro.* Es milagro
que te mire? *Juana.* Imaginè,
que alabar à Don Fernando
estrañabas, pero yo,
porque le alabas, le alabo.
Pedro. A tenerla yo por culpa,
yà la avia confessado
tu rostro, mas su alabanza,
aunque piensas que la estraño,
primero que de tu boca,
de tus ojos la he escuchado.
Juan. Yo, señor::: *Ped.* No te disculpes,
que antes te estoy obligado,
pues hasta mis pensamientos
en tì obedecidos hallo:
bien tu inclinacion merece,
aunque me ha causado espanto
vèr que tenga tanta fuerza,
que aya en seis dias mudado
una condicion tan fuerte.
Juana. Que no señor, que ha tres años.
Pedr. Tres años? *Juana.* No me dixiste,
que allà en Flandes te contaron,
que dì à un Soldado una herida?
Ped. Si. *Juan.* Pues esse es D. Fernando.
Pedro. Luego siguiendote viene
desde Flandes? *Juan.* No està claro?
Pedr. Por Dios que has tenido dicha,
Juana, en aver encontrado
un hombre de tantas partes,
que en mi opinion, en llegando
à pretender de essa suerte,
no tiene remedio humano,
y à no estàr con el disgusto
que estoy, quedarais casados
esta misma noche: voy
à prevenir un cavallo,
por si fuesse menester.
Juana. A mi no me dà cuidado.
Pedro. Es grande la diferencia
de ser hijo, à ser hermano.
Juana. Es verdad, pues solo temo
el empeño de Fernando.

Vanse, y salen Bernardo y Fernando.

Fern. Mucho deseaba hallaros.
Bern. Pues què me quereis mandar?
Fern. Quien le pudiera matar! *ap.*
solamente preguntaros,
què disgusto aveis tenido,
por si yo os puedo servir
en algo, que os vì venir
aprisa, y descolorido;
y por si era menester,
dudando lo que serìa,
si la Justicia os seguìa,
daros lugar à poner
en salvo, os dexè passar;
pero à ninguno he encontrado,
que me saque de cuidado.
Bern. Tambien yo os iba à buscar,
que por vuestro amigo quiero,
de la razon que he tenido,
en lo que me ha sucedido
informaros yo primero.
Fern. Decid, pues.
Bern. Yendo à buscaros,
sabiendo por cosa cierta,
que en la calle, ò en la puerta
de vuestra dama he de hallaros,
hallè à Don Felix, llegò
à hablarme, y à la ventana
con la suya, y vuestra hermana
Leonor su tia saliò,
lleguè à hablarla al mismo instante
con la llaneza debida,
y por estàr divertida,
à vuestra hermana este guante
se le cayò de la mano;
lleguè à levantarle yo,
Don Felix tambien llegò,
dixome sobervio, y vano,
que se le diesse, corrime,
dile ocasion demasiada
de que sacasse la espada;
no quiso, ò no pudo, y fuime:
yà con mi honor he cumplido,
aora el guante tomad,
y à vuestra hermana le dad.
Fern. Yo le doy por recibido,
mas ni à Don Felix, ni à vos
que yo le lleve conviene
por aora; mas èl viene.

Bern. Pues què importa?

Sale Don Felix.

Felix. Guardeos Dios.
Bern. Y à vos tambien.
Felix. Al señor
Don Bernardo hablar quisiera
donde nadie nos oyera.
Bern. Aunque pudiera en rigor
elegir el puesto, guia.
Felix. Cerca de la Guerba estamos.
Bern. Donde tu quisieres vamos.
Felix. Yà sè yo tu vizarrìa.
Bern. Bien poco es el ir contigo,
que bien conocido estàs.
Fern. Esso todo està de mas.
Fel. Sigueme, pues. *Bern.* Yà te sigo.

Vanse los dos.

Fern. De espacio seguirlos quiero,
por no dàr que sospechar,
hasta salir del lugar,
que quando lleguen primero
puede importar poco, ò nada,
pues mientras Don Felix viva,
mirar por su honor me priva
de poder sacar la espada.

Vase, y salen Felix, y Don Bernardo.

Bern. Bueno està para el efecto
el sitio, no ay que passar
de aqui. *Felix.* Buscaba lugar
mas apartado, y secreto,
para que gente no acuda,
que puede tener, al vella,
una espada tan doncella,
verguenza de estàr desnuda.
Bern. Yo vengo assi.

Descubre el pecho.

Felix. Yo quisiera
poder en esta ocasion
dexar allà mi razon,
porque no me defendiera:
detràs de esse derribado
paredon entrar podèmos,
por si nos siguen. *Bern.* Entrèmos.

Vase, y sale Don Fernando.

Fern. A muy buen tiempo he llegado,
à medida del deseo
lo ha dispuesto mi ventura,
pues por aquesta rotura,
sin que me vean los veo;
mucho mis temores dudan
de Felix: ò quien riñera
por èl, sin que le ofendiera!
yà las espadas desnudan:
Don Bernardo con sossiego
le espera, muy receloso
estoy, que Felix furioso
le embiste, de enojo ciego:
gallardamente chocò,
derecha la espada, y recio;
mas què es lo que miro! un tercio
por las espaldas saliò,
que no me he engañado es cierto,
pues retirandose yà,
no puede tenerse yà:
tente, Felix.

Sale D. Bernardo retirandose de D. Felix.

Bern. Si estoy muerto,
què es lo que quieres?

Metiendo paz Fernando, y Felix siguiendole se entran.

Felix. Llevar
con el guante juntamente
tu espada. *Fern.* Don Felix, tente,
no le acabes de matar.

Salen Don Pedro, Juana, Isabèl, Leonor, y Vicente.

Pedro. Vicente, dame el cavallo,
que và anocheciendo yà:
soy padre al fin. *Juana.* Pues señor,
què intentas? *Pedro.* Ir à buscar
à Felix. *Leon.* No has de salir,
hasta que del bien, ò el mal
sepamos, que Don Fernando
es impossible tardar.
Juana. Y si èl viene sin Don Felix,
yo sè que vengado està.
Leon. Hermano, sossiega un poco.
Pedro. No es possible sossegar.
Isab. Señor, tened esperanza,
que yo espero que veais
vivo à vuestro hijo, miento,
que nadie lo duda mas.
Pedro. No su muerte, su desayre
recelo. *Sale Beltràn.*
Belt. Albricias me dad.
Pedro. Si ay de què, yo te las mando.
Juana. Yo tambien. *Isab.* Toma, Beltràn.

Dale una sortija.

Belt.

Belt. Mucho mejor es un toma,
que dos te darè.
Pedro. Què ay? *Juana.* Di presto.
Belt. Que Don Fernando,
y mi señor vienen yà.
Pedro. Y còmo vienen? *Belt.* Andando.
Sale D. Fernando, y Felix con la espada de Don Bernardo.
Felix. Yà me puedes abrazar.
Pedro. Vienes bueno?
Felix. Honrado vengo,
y esta espada lo dirà
de mi enemigo, à quien yo
se la quitè, por mostrar,
si acaso vive, que pude,
y no le quise matar:
este, señora, es tu guante.
Fern. Detente, no digas mas,
que bien merece la mano
el que le supo cobrar:
dale la mano, Isabèl.
Isab. No se la puedo negar,
tuya soy. *Felix.* Dichoso he sido.
Pedro. Y vos, Don Fernando, dad
tambien à Juana la vuestra,
pues lo supo grangear
vuestro valor, y fineza
en la guerra, y en la paz,
que mi hermana presto espero,
que no tenga que embidiar,
con que saldrè de cuidado.
Fern. Un esclavo en mì comprais.
Dale la mano.
Juana. Esta es la mano, y el alma.
Leon. Avrème de consolar.
Belt. Inès, no nos casarèmos,
pues què tocan à casar
adredemente? *Inès.* Si quieres,
no quede por mi.
Belt. Pues zas;
y con esto fin dichoso,
si os ha agradado, tendrà
lo que puede la Crianza,
sus defectos perdonad.

FIN.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos, en Salamanca; en la Imprenta de la Santa Cruz. Calle de la Rua.